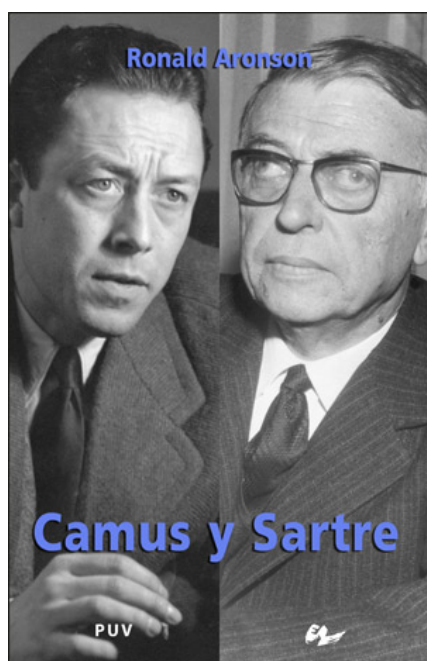


¿Un «Camus-Sartre»? : una pregunta mantenida*

Guillermo Quintás Alonso

Universitat de València

Guillermo.Quintas@uv.es



La cultura académica de nuestras facultades de filosofía ha respetado la autobiografía. Es más, ha singularizado en la formación de sus alumnos esos escritos en los que se traza “un itinerario filosófico” y se razona una propuesta; no podía ser de otro modo si evocamos nombres como los de R. Descartes, R.G. Collingwood, o bien otros más próximos, pero menos conocidos en razón de sus autobiografías, como es el caso de José Gaos (*Confesiones profesionales*) o Fernando Montero (*Camino sobre la mar*). Ahora bien, esa misma cultura no ha favorecido estudios de textura biográfica; ha primado estudios académicos de formas más indefinidas, más tolerantes con la erudición y, por supuesto, que no guardan conexión alguna con la lógica del relato:

estudios sin protagonistas y con sólo autoridades; estudios sin tiempos y con sólo fechas; estudios que se encostran sobre los textos originales y llegan a generar que la

* A propósito de la obra de Ronald Aronson, *Camus y Sartre* (Traducción de Juan Pérez Moreno. Valencia, Publicacions de la Universitat de València y Editorial de la Universidad de Granada, 2006, 340 págs. ISBN: 8437064333).

acogida de esos textos originales sea difícil o nunca llegue a tener lugar fuera de los círculos profesionales. Por ello es doblemente significativo que el estudio de Ronald Aronson, *Camus y Sartre*, haya sido editado y, lo haya sido, formando parte de la colección “Biografías”, verdadero alarde de conocimiento, buen gusto y buen hacer editorial.

Esta ausencia de estudios biográficos me ha resultado más perceptible, ilustradoramente llamativa, al progresar en la lectura del estudio de R. Aronson por cuanto evidencia la pertinencia de la lógica narrativa para articular desde “el complejo y trágico relato de una amistad y de su fin” una historia llena de contenido doctrinal y que, superando el dato personal al integrarlo en una estructura narrativa, nos traslada los problemas con los que la teoría y praxis de izquierdas se sigue enfrentando en nuestros días. Por ello, el relato que ha diseñado Aronson nos parece que no es excluyente de otros en los que, por ejemplo, se ha pretendido analizar “el proyecto común de crear una izquierda independiente”, dar “cuenta de una disputa nacional” (R. Aron) o someter a nuestra consideración “los asuntos candentes de nuestro tiempo” (F. Jeanson). El relato de unas relaciones y una ruptura, tal y como ha sido construido por Aronson, no nos parece que se defina frente a otros¹, ni se reduzca a un conjunto de anécdotas en torno a esa ruptura; esos otros relatos cabe integrarlos dentro de la historia que Aronson, conocido el final de una relación Camus-Sartre y otros relatos que han hecho tema de esa relación, califica como “la historia real con sus detalles fascinantes y dolorosos” (p. 18). Es más, ha de reconocerse que el uso que Aronson hace de las fuentes primarias y secundarias (¡hay hasta siete biografías y todas básicas!) es verdaderamente ejemplar; consigue algo de muy difícil factura: no ahogar el relato en erudición y, a la vez, facilitar la liberación de los textos de Camus y Sartre de la literatura secundaria. Por ello, se hace justicia al texto al afirmar del mismo que lleva a término una labor de liberación, de replanteamiento de los problemas asumidos por Sartre y Camus. Así pues, todo un ejemplo a seguir.

Para quienes abrimos las páginas de *L'être et le néant* dentro de una universidad ubicada fuera de “su tiempo”, sólo podemos lamentar haber considerado las obras de Sartre y las de Camus de conformidad con la jerarquización² que de las mismas hizo la cultura académica. La lectura del estudio de Aronson hace inevitable la censura de esta jerarquización que supuso tanto el haber primado una lectura de Sartre que obedecía al deseo de analizar cómo se lleva a término “la reducción del

¹ Así, por ejemplo, es complementaria de la de R. Aronson la lectura de *Memorias* de Raymond Aron (Madrid, Alianza Editorial, 1985. Traducción de Amanda Foros y Javier Setó de la edición original de 1983).

² La opinión de Aronson es clara a este respecto y, por supuesto, permite apreciar el inmenso error de nuestra “academia”: “No se puede hacer ninguna distinción entre la obra literaria, filosófica y política de Sartre y la de Camus; las ideas más profundas se fusionan con la política, derivan de ella y la alimentan” (pp. 315-316).

existente a la serie de las apariciones que lo manifiestan”, como el haber relegado a un segundo puesto a un Camus que fue abandonado por los filósofos en la proximidad de los literatos³ y, por ello, no fue retenido con especial entusiasmo por la filosofía académica. Aronson, corrigiendo tal jerarquización y restableciendo la igualdad entre Camus y Sartre, nos devuelve a un pensamiento que se desarrolló con pasión y lucidez al hacer cuestión de aspectos verdaderamente sustantivos para ellos y para todos nosotros: “Los asuntos más profundos que motivaron y dividieron a los dos escritores todavía se hallan entre nosotros” (p. 317). El lector de esta biografía se verá obligado a juzgar acerca de la veracidad de esta afirmación.

Asimismo, el lector de Aronson acordará con él que “el argumento de su biografía está fundado”, basado “en pruebas consistentes” (p. 13). Al lector de esta referencia no le desvelaremos ese argumento porque deseamos que llegue a ser lector de *Camus y Sartre*. Nos basta con acentuar que la biografía posee un argumento y que lo verdaderamente ejemplar es la opción que Aronson adopta para indagar y construir esas “pruebas” sobre las que articula el relato, pues no “asume que la clave del relato” (p. 20) surja de otras biografías, memorias o incluso de los propios testimonios que Sartre o Camus pudieron emitir de sus relaciones. La clave del relato la arranca de “una fuente primaria en la que no se ha reparado...: los textos publicados de Sartre y Camus” (p. 20). La razón de esta opción es clara: “Sartre y Camus vivieron en sus escritos, y los escritos son la fuente principal de la historia de la relación” (p. 20). Una triple consecuencia se articula con esta opción fundamental del biógrafo que sólo nos cabe compartir. Por una parte, siendo esta la forma de articular las pruebas, se sigue la misma necesidad de esta biografía, pues es en este momento cuando disponemos de unas fuentes primarias completas y, además, no estamos “ubicados” donde lo estuvieron Sartre y Camus, la Guerra Fría. Por otra parte, los personajes de esta biografía (R. Aron, A. Gide, F. Jeanson, A. Breton, R. Char, A. Koestler, M. Merleau-Ponty, S. Beauvoir, etc.), sea cual fuere su proximidad a Sartre o Camus y sea cual fuere su activa presencia en la vida social de Francia⁴, sólo ganan una presencia marginal; sus

³ Hay autores que, en modo alguno, se comparten con los literatos. Recuérdese la obra de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo* (Madrid, Gredos, 1961). El volumen I se abre con la exposición de Camus. Por otra parte, si se recuerda el trabajo de José Ferrater, *La filosofía en el mundo de Hoy* (Madrid, Revista de Occidente, 1963, 2ª ed.). Se apreciará que en el capítulo II, “Las tres filosofías”, recoge el nombre de Sartre como uno de los nombres que un filósofo de París, Roma o Bonn consideraría que goza de “crédito” en nuestra materia. Camus, por supuesto, no figura en tal lugar; es más, no está incluido en el Índice de Nombres de la obra que, por otra parte, es prolijo.

⁴ El protagonismo de Camus y Sartre es reiteradamente marcado o sugerido. Como significativa cabe recoger la siguiente afirmación: “Cualquier intelectual político francés, al intentar encontrar una dirección entre 1944 y 1951, se hubiera enfrentado con Sartre y Camus... Nadie de este ámbito podía pensar en los asuntos contemporáneos sin considerar a estos escritores” (p. 180). Del existencialismo llega a afirmar que “se había convertido en la primera moda mediática de la posguerra” (p. 73).

opiniones y comentarios se ven afectados en igual forma y en razón del argumento que Aronson despliega⁵. En sentido propio no son personajes de esta biografía porque su actividad y testimonios en ningún momento tienen la virtud de invertir, dirigir o modificar la acción; aparecen y reaparecen con discreción, son llamados a escena de modo que se sepan como algo que sobrevino en un diálogo, cordial o acre, que Sartre y Camus mantuvieron. La anécdota no tiene lugar en esta biografía y “la historia real” no sólo incluye la amistad entre Camus y Sartre, sino también y sobre todo la interacción de Camus o Sartre con la resistencia, el comunismo, el colonialismo, etc. Ello explica los desarrollos que Aronson despliega y que son pautados por las argumentaciones de uno u otro texto. Finalmente, por haber tomado la opción de fundar el análisis de la relación Camus Sartre a partir de sus textos, momentos fundamentales de esta biografía ganan la categoría de otros tantos estudios monográficos de una u otra obra de Camus o de Sartre. Este es el caso, por ejemplo, del análisis realizado de *L’homme revolté* que merece ser destacado (pp. 175 y ss.) por abundar en motivos de reflexión para nosotros y por afirmar que pretende responder a una pregunta que también Sartre enfrentaría en *Critique de la raison dialectique*: “¿Cómo una revolución que apunta a la emancipación humana provoca el infierno en la tierra?” (p. 311). Quizás por haber desplegado una lectura tan sugerente y ajustada a las realidades de aquellos años, Aronson hubiera debido evitar la manifestación en la que nos traslada su pretensión de contar la historia “sin posicionarse” (p. 19) y, por supuesto, tampoco debiera haber cerrado su prólogo trazando el siguiente horizonte de actividad para su lector: “Ahora es el momento de escuchar” (p. 20). No puede requerir tal actitud del lector cuando, por otra parte, ese mismo lector está siendo testigo del modo en que construye esta biografía que, según el mismo decir de Aronson, lo hace con “comprensión, simpatía y crítica” (p. 16); el lector debe compartir con Aronson, al menos, esas actitudes y modo de proceder. No cabe limitarse a escuchar cuando se pasa a ser lector.

La tarea de reconducir a posibles lectores de esta referencia a la lectura de *Sartre y Camus*, identifica otro importante motivo en algo fundamental, dado que estamos ante una biografía que relata algo cuyo final ya nos es conocido: una ruptura. Conocido el final, toda historia pierde mordiente y parece desvirtuarse; ésta no, porque mantiene un texto que alienta y favorece una intriga. Estoy seguro de que el lector de esta biografía no podrá acallar una pregunta a medida que progresa en la lectura de esta biografía; es una pregunta que surge desde el primero de los capítulos, que

⁵ En casos como el de Simone de Beauvoir, sus memorias son consideradas como “inevitablemente parciales [...] Están guiadas por [...] preservar su relación con Sartre, presentar una imagen positiva de la misma, y proteger a éste” (p. 35). Aronson minimiza el valor de sus referencias en diversos lugares y de forma categórica con afirmaciones del siguiente tipo: “al buscar el origen de la ruptura de una manera que culpara al argelino...” (p. 99).

se hace inevitable a medida que ajusta la caracterización de una u otra actividad de Sastre o de Camus y que, en consecuencia, está claramente instalada en el núcleo del argumento de esta biografía: ¿Por quién está tomando Aronson partido? ¿Por Camus o por Sartre? Esta pregunta no debe identificarse con otra a la que se refiere Aronson en el Epílogo: “Quién de los dos hombres ‘había ganado’..” (p. 313). Al lector de esta referencia y posible lector del trabajo de Aronson he de decirle que la primera de las preguntas puede no llegar a tener respuesta, ser exclusivamente una pregunta que genera el relato al lector, pero no del relato. Una pregunta que, en definitiva, favorece más la sorpresa y el giro final que se registra en las últimas páginas. La segunda pregunta supone que como lectores nos situamos “dentro de la disyuntiva política [...o/o...] que ha impedido analizar la relación de Camus y Sartre durante cincuenta años” (p. 313). Ahora bien, esa primera pregunta es una pregunta que se mantiene como pregunta, que el lector no creo que se deba responder aunque todo parezca ponernos en la pista del partido que Aronson tomará.

La pregunta que alienta la intriga se funda sobre las caracterizaciones de Camus y de Sartre. Aronson utiliza para ello una serie de contrarretros que pueden tener en la mayor parte de los casos el valor de una simple subordinada, pero que marcan la diferente consideración que Sartre y Camus poseían, por ejemplo, de la política durante los primeros años de su amistad en los que la política impregnaba el último y más secreto espacio de vida de los europeos; así, se habla de un Camus “veterano en diversas guerras políticas” y se contraponen con un “poco más o menos principiante Sartre” (p. 41). Es más, no ahorra comentarios del siguiente tipo: “Sartre fue a la Alemania nazi (1933-34) en busca de un camino filosófico para encontrar la realidad, mientras muchos de los intelectuales alemanes huían del país”. Y todo ello porque a Camus, desde los inicios de su actividad literaria, la política “le parecía algo natural” mientras que Sartre la consideraba “como algo totalmente aparte” (p. 48). Otros contrarretros presentan “un Camus que se agría con la fama”, mientras que Sartre “la tomó de manera más fácil, quizás porque siempre había dado por sentada su genialidad” (p. 75); en otros momentos se presenta directamente a un Camus que es considerado “periodista habilidoso, voz fresca con un nuevo concepto de la política” (p. 94), o bien se reivindica para Camus y en lo fundamental la autoría de un documento que suele atribuirse a Sartre por ser uno de los firmantes (p. 144), o bien se deja constancia que “tras su discreción reside su sentido característico de la moderación” (p. 211). En definitiva se aprecian en la persona y conducta de Camus aquellas virtudes que hacen apreciable en general a las personas⁶. Lo que en ningún caso se localiza en un par de páginas son juicios sobre la actividad de Camus que sean equiparables a los que dedica a Sartre. Me refiero, por ejemplo, a momentos en los que

⁶ Al referirse al argelino en el epílogo lo hace en los siguientes términos: “siempre fue una persona visiblemente sensible, sufridora, insegura y vulnerable” (p. 313).

abre cada párrafo de una página con una afirmación del siguiente tipo: “Sartre despelja públicamente a Camus”, “Sartre utilizó maliciosamente la amistad como un arma en conflicto”, “la primera mitad de la carta es un ataque malicioso a Camus” (pp. 206-07).

Pues bien, todas esas anticipaciones fundadas sobre testimonios como los recogidos sólo hacen más relevante el modo en el que Aronson ha biografiado la relación de ambos pensadores y hace servir esta biografía a la defensa de una pregunta: “¿Un Camus-Sartre?”. Así pues, la biografía no sirve a la toma de posición por uno o por otro autor; sirve a la postulación para nuestra época de un “nuevo intelectual” al que le atribuye el “iluminar la violencia sistemática de hoy en día al mismo tiempo que aceptaría el desafío de organizar una lucha eficaz contra ésta sin crear nuevos males”. Ese Camus-Sartre puede ser “un patrón para los seres humanos”, “una encarnación abstracta de lo que exactamente se necesita en nuestra situación” (p. 317). Quizás la necesidad de buscar ese patrón llevó a Aronson a plantearse esta biografía. En cualquier caso, vista su factura, cabe afirmar que bien ha valido la pena.

A este lector le quedan abiertas varias preguntas; una de ellas creo que debo darla a conocer: ¿Se han desvanecido, tal como cree Aronson, los asuntos específicos que dividían a los dos hombres o simplemente estamos ante variaciones más o menos importantes de ese viejo y cercano orden que fue objeto de las reflexiones de Sartre y Camus? En cualquier caso, cabe pensar ese “patrón”, pero asumiendo que ello conlleva aceptar que “no se trata de conservar el pasado, sino de cumplir sus esperanzas”⁷.

⁷ Max M. Horkheimer & Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Editorial Trotta, 2006, p. 55.